

Jaime Vázquez Allegue: *El Intertestamento. La Biblia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento*, Madrid, PPC, 2024, 201 pp. Serie “Las palabras y los días”, 22.

Dra. Marcela Coria

Universidad Nacional de Rosario
Argentina
coriamarcela@hotmail.com

Jaime Vázquez Allegue (La Coruña, 1968), especialista en Teología Bíblica de larga y reconocida trayectoria, nos ofrece en este breve pero sustancioso libro un panorama completo de la literatura vinculada con la Biblia producida en el período de tiempo transcurrido entre los dos Testamentos, en aproximadamente trescientos años: entre el 150 a.C. y el 150 d.C., en el centro del cual se sitúa la vida de Jesús. Se trata de una literatura muy importante para el estudio y la exégesis bíblica, y de allí el valor de este libro que la presenta a un público amplio y no especialista con un estilo ameno y con una clara finalidad didáctica.

El volumen contiene seis capítulos precedidos por un breve prólogo (pp. 7-10) en el cual la imagen de una lamparilla herodiana de arcilla (y la evocación del momento de su compra) le permite al autor plantear que “el Intertestamento es la luz de la lamparilla que nos va a ayudar a unir el Antiguo Testamento con el Nuevo” (p. 10).

El capítulo 1, “Intertestamento” (pp. 11-15), conciso pero conceptualmente imprescindible, define qué se entiende por “Intertestamento” o “literatura intertestamentaria”, qué textos conforman ese corpus tan significativo para el estudio de la Biblia y en qué época histórica se ubican.

El capítulo 2, “El judaísmo en tiempo de Jesús” (pp. 17-95), el más extenso del libro, presenta de manera exhaustiva el contexto histórico en el que se produce la literatura intertestamentaria, contexto en el que tienen lugar acontecimientos que con frecuencia aparecen en los escritos; conocerlo, por lo tanto, permite una mejor comprensión de ellos. Partiendo de que “el período intertestamentario surge como respuesta a la reforma helenística del año 167 a.C.” (p. 17), el capítulo se divide en tres apartados. El primero, “El judaísmo griego (332-63 a.C.)” comienza haciendo una breve mención de la ocupación de Jerusalén en el 332 a.C. por parte de Alejandro Magno y las posteriores luchas entre los ptolomeos y los seléucidas por este territorio. Está dividido, a su vez, en tres subapartados: a) “El período de helenización (200-167 a.C.)”, en el que se describe la última etapa en la que los seléucidas tuvieron el control de Jerusalén y el momento sumamente crítico que entonces vivió el judaísmo; b) “La Septuaginta”, la traducción del Antiguo Testamento al griego llevada a cabo en Alejandría durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo en el siglo III a.C. pero que incorpora escritos posteriores, redactados originalmente en

griego: los llamados “deuterocanónicos” por católicos y ortodoxos, y los llamados “apócrifos” por los católicos y “pseudoepigráficos” por los protestantes, que pertenecen al período intertestamentario; y c) “El período macabeo (167-63 a.C.)”, dedicado a la revuelta de Matatías y sus hijos, conocidos como “Macabeos”, decididamente hostiles al proceso de helenización de la zona, y su lucha contra los judíos helenizantes, la cual finalizó con una contienda fratricida entre los fariseos y los saduceos que logró captar la atención de Roma. El segundo apartado, “El judaísmo romano (63 a.C.-135 d.C.)”, aborda el período de control romano de Jerusalén y su zona desde la conquista de Pompeyo y contiene siete subapartados: a) “Herodes el Grande (37-4 a.C.)”, que expone las características de las tres etapas del largo reinado de Herodes, apoyado por las clases altas de la población judía; b) “Los hijos de Herodes (4 a.C. - 39 d.C.)”, que trata de la convulsionada época en que gobernaron los sucesores de este rey; c) “La provincia romana de Judea”, que describe los comienzos de la hostilidad entre los judíos de Jerusalén y los gobernantes romanos del territorio y las primeras revueltas de los judíos, las cuales fueron *in crescendo* hasta el saqueo de los tesoros del Templo en el año 66, que convirtió a esas “revueltas callejeras en la primera gran guerra judía contra Roma” (p. 32); d) “La primera guerra judía (66-70 d.C.), que desarrolla los sucesos desde la anarquía del año 66 hasta el cerco de Jerusalén por el emperador Vespasiano, un período caracterizado por una cruenta guerra civil en el interior del judaísmo, que terminaría con la e) “Destrucción del Templo (70 d.C.)”, llevada a cabo por Tito, hijo de Vespasiano; f) “Jerusalén incendiada (70-115 d.C.)”, en el que se mencionan importantes hitos de la historia judía, como los sucesos de Maqueronte (71 d.C.), Herodium (72 d.C.) y Masada (74 d.C.) en el marco de una etapa de grandes persecuciones a los judíos y de una profunda crisis espiritual y existencial en el judaísmo debido al nuevo escenario que proponía la ausencia del Templo; y g) “La segunda guerra judía (115-135 d.C.)”, que describe una época marcada por continuos levantamientos de los judíos contra las autoridades romanas, época que finaliza con el triunfo de Roma, que logra sofocar las revueltas (causantes de una importante diáspora), cambia el nombre de Jerusalén a Aelia Capitolina y la convierte “en una ciudad plenamente romana” (p. 37). El tercer apartado, “Los grupos judíos”, pone de manifiesto la gran división interna entre los judíos de Jerusalén en el cambio de era, entre los siglos I a.C. y I d.C. En definitiva, fue esta división, esta fragmentación, aprovechada por Roma, la que condujo a la destrucción del Templo en el 70 y a la de Jerusalén en el 135. En ocho breve apartados, se describen las particularidades de fariseos, saduceos, zelotas, sicarios, sumos sacerdotes, sacerdotes, levitas y el Sanedrín.

Los últimos tres capítulos están dedicados a los géneros textuales que conforman la literatura intertestamentaria. El capítulo 3, “La literatura apocalíptica” (pp. 97-123), trata del género literario que conocemos con ese nombre, género “que vivió su mayor esplendor durante el período intertestamentario, en el judaísmo de la época del Segundo Templo y en los orígenes del cristianismo” (p. 97). El autor aclara que esta literatura no está

solamente constituida por los libros apocalípticos (judíos o cristianos) propiamente dichos, sino que “la apocalíptica está presente en otras obras tan representativas como la literatura sapiencial del Antiguo Testamento o en los primeros escritos cristianos, como en los escritos epistolares del Nuevo Testamento o en la literatura evangélica” (p. 97). Es un género de origen judío que los primeros cristianos adoptaron, y sus diez características principales son la simbología, la metáfora, la numerología, la temporalidad, las revelaciones, la naturaleza, el profetismo, el mesianismo, las apariciones y el dualismo. A continuación, se mencionan y analizan brevemente los primeros textos apocalípticos, los apocalípticos del Antiguo Testamento (Ezequiel, Joel, Zacarías y Daniel), los apocalípticos del Nuevo Testamento (Apocalipsis, textos apocalípticos evangélicos y textos apocalípticos epistolares), la sabiduría y la escatología.

El capítulo 4, “La literatura apócrifa” (pp. 125-154), está dedicado a los dos tipos de apócrifos (*i. e.* no considerados sagrados) de la Biblia: los del Antiguo Testamento y los del Nuevo Testamento; al final, se incluye un apartado sobre los apócrifos en la Iglesia. La literatura apócrifa se define por oposición a la literatura canónica, si bien la época de la redacción de algunos libros apócrifos coincide temporalmente con la de la redacción de libros canónicos. En primer lugar, el autor establece qué se entiende por “apócrifo”, concepto que varía entre judíos, católicos y protestantes: “apócrifos” son, para los protestantes, los libros que los católicos consideran “deuterocanónicos”, es decir, los siete libros no incluidos en el Antiguo Testamento por los judíos pero sí por los católicos y los ortodoxos; y “apócrifos” son, para los judíos, los libros considerados no sagrados por haber sido escritos originalmente en griego y no en hebreo (son libros incluidos en la *Septuaginta*: Tobías, Judith, 1-2 Macabeos, Sabiduría, Sirácida, Baruc y la carta de Jeremías, más los suplementos griegos a los libros de Daniel y Ester). Se enumeran, a continuación, los diez criterios empleados para determinar si una obra podía ser considerada “sagrada” o no, criterios que están en la base de la distinción entre “los apócrifos que fueron rechazados a la hora de formarse los cánones bíblicos” y “los apócrifos que no entraron en los cánones porque no estaban o no eran conocidos por quienes definieron la literatura canónica” (p. 129). Pero, además, hay una literatura “apócrifa” que se ubica en el período de los escritos intertestamentarios. El primer apartado, “Los apócrifos del Antiguo Testamento”, está dedicado a los libros escritos entre el 200 a.C. y el 200 d.C., que son llamados “apócrifos” por los judíos, los católicos y los ortodoxos, pero “pseudoepigráficos” por los protestantes. Sus originales están escritos en hebreo o arameo pero fueron traducidos al griego y luego vuelto a traducir a otros idiomas, como el latín. Se dividen en históricos, proféticos, sapienciales, testamentos, apocalipsis. “Los apócrifos del Nuevo Testamento”, tratados en el segundo apartado, son aquellos que no fueron considerados inspirados (*i. e.* sagrados) por los cristianos, y se escribieron en un largo período de tiempo, desde los comienzos de la literatura canónica hasta casi la Edad Media. En estos textos predomina la influencia gnóstica. Se dividen en evangelios (judeocristianos, gnósticos, de la infancia, de la pasión y

marianos), hechos de los apóstoles, cartas, apocalipsis y otros. El tercer apartado, finalmente, expone la influencia que han tenido los apócrifos en la tradición popular cristiana, su importancia como fuente de información extrabíblica que contribuye a una mejor comprensión de la Biblia y las características de un apócrifo que se sitúa entre los del Antiguo y los del Nuevo Testamento: los “Testamentos de los Doce Patriarcas”, que “confirman la conexión que había entre ambas literaturas” (p. 152), cuyos originales judíos están entre los manuscritos de Qumrán, mientras que sus traducciones griegas son posteriores y están cristianizadas.

Precisamente a los manuscritos encontrados a mitad del siglo XX en las cuevas de Qumrán, en el desierto de Judá, está dedicado el capítulo 5, “Los manuscritos del mar Muerto” (pp. 155-175). Estos manuscritos, alrededor de 800, y fragmentos, alrededor de 8.000, “son una parte esencial de la literatura intertestamentaria. Una fuente de obras literarias que nos puede ayudar a comprender mejor el contexto que se vivía en el judaísmo de la época del Segundo Templo y los orígenes del cristianismo” (p. 155). En las once cuevas descubiertas allí hay escritos en hebreo, arameo y griego producidos entre el siglo II a.C. y el 70 d.C., año de la destrucción del Templo, que resultan fundamentales para comprender el contexto histórico, social, religioso y cultural en el que vivió Jesús. El capítulo se divide en seis apartados: “El descubrimiento de los manuscritos”, que nos presenta al grupo de judíos intelectuales que escribió los manuscritos en su retiro en el desierto, retiro voluntario realizado como gesto de rechazo al judaísmo que se practicaba en Jerusalén; “La comunidad de Qumrán”, que describe a los autores de los manuscritos como judíos escindidos del movimiento esenio, que formaron una verdadera comunidad religiosa y que “fueron los fundadores de la vida monástica y ascética” (p. 159); y “La literatura de Qumrán”, que sitúa el período de producción de esta literatura entre el momento de redacción definitiva de los últimos libros de la Biblia hebrea y los primeros escritos cristianos. Los últimos tres apartados se refieren a tres tipos distintos de literatura: “La literatura bíblica”, que aborda la cuestión de los diferentes niveles de sacralización de los distintos libros: la literatura canónica y la literatura histórica; “La literatura parabíblica”, constituida por textos cuyo referente es la Biblia y se ocupan de comentarla o interpretarla (la literatura apócrifa, la exegética, los *midrasim*, los *pesharim*, los *targumim*); y “La literatura extrabíblica”, que reúne las obras internas, escritas para uso de los hombres de Qumrán (la literatura legal, la escatológica, la poética, la litúrgica, la astronómica, y el enigmático y metafórico “Rollo de cobre”).

Finalmente, **el capítulo 6**, “La literatura rabínica” (pp. 177-190) presenta el desarrollo de esta literatura desde sus comienzos, entre el final de la influencia helenística y el auge del poderío romano, hasta su final, en plena Edad Media. El autor se enfoca en la supervivencia y las transformaciones del judaísmo posterior al enorme golpe que significó la destrucción del Templo en base a la reverencia de la Torá como alternativa, y sostiene que, si bien la literatura rabínica no es propiamente intertestamentaria ni es considerada sagrada

(aunque goza de gran autoridad), sus inicios coinciden con la redacción de los libros del Nuevo Testamento, es decir, el siglo I d.C., y su final puede fecharse hacia el siglo VIII. El judaísmo rabínico puede dividirse en tres etapas: el tannaíta (70-200 d.C.), el amoraíta (200-500) y el caraíta (siglo VIII). “El objetivo de los redactores y recopiladores de los primeros escritos rabínicos era recoger la Ley oral y convertirla en literatura para perpetuar la tradición” (p. 180), nos dice Vázquez Allegue, y de este objetivo surgen las obras mencionadas en los dos apartados de este capítulo: “La literatura rabínica legal”, que incluye la Misná, la Tosefta y el Talmud; y “La literatura midrásica”, que comprende los *midrasim* halálicos y los *midrasim* hagádicos.

A continuación, se incluye una breve “Bibliografía” (pp. 191-195) que incluye textos fundamentales para el estudio del tema general, pero que, a mi juicio, lo cual no resta en absoluto mérito al libro, también podría haber incluido obras de eruditos muy importantes sobre algunos temas específicos: por ejemplo, Natalio Fernández Marcos para *Septuaginta*, o Jorge Dulitzky, James Vanderkam y Peter Flint para los rollos del mar Muerto.

El Intertestamento es un texto sumamente rico para conocer ese período trascendental de la historia en el que se enmarca la vida de Jesús. Los sólidos y rigurosos conocimientos del autor son transmitidos de una manera comprensible incluso para un público no especialista. Su lectura invita a profundizar en cada uno de los temas que el libro, más o menos ampliamente, desarrolla. Y esto es así porque cada uno de ellos está esbozado con sus rasgos principales, lo cual constituye un mérito del autor, pero es evidente que hay mucho más por indagar. Y el estilo de Vázquez Allegue logra entusiasmar al lector y que este quiera proseguir la indagación. Este es, sin duda, un libro de mucho provecho para quienes se interesen en este período tan significativo, este momento bisagra, de la historia de Occidente.